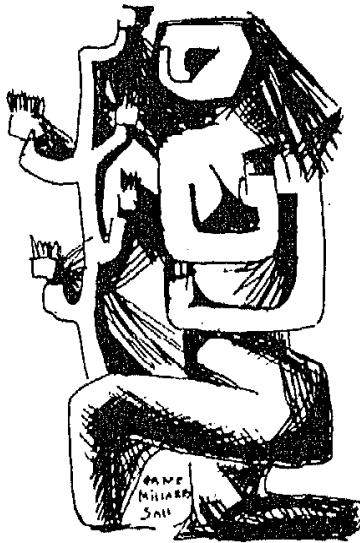


POESIA



Conquistaré el azul ávido de plumaje.

MIGUEL HERNÁNDEZ

TRES ELEGÍAS CORTAS Y UNA LARGA

1

LO SABEN HASTA LOS MUERTOS

Almaceno
gris y blanco,
tristeza y hielo
en el tiempo.
(Que me estoy muriendo a plazos,
lo saben hasta los muertos.)

Mi sombra cuelga de un clavo
en la pared del recuerdo.
Mis ojos están colgando
en las fronteras del viento.
(Que el hilo se está acabando,
lo saben hasta los muertos.)

En silencio
lloro y canto;
canto y lloro, pulso adentro.
(La vida me está mirando.
Lo saben hasta los muertos.)

Me paseo
por el largo
camino de un día entero.
Sigo esperando
el milagro,
mientras dormido me quedo.
(Que tengo
el sol en la mano,
lo saben hasta los muertos.)

2

JUEGO

Ningún triunfo hacen mis dedos:
No me sale un as al paso.
(Con las cartas en los labios,
mordiéndolo el polvo me quedo.)

Juego y pierdo.
(Perderé todas las manos
mientras no me salga el pueblo.)

Juego y canto
la canción que canta el tiempo.
Mis palabras son el viento
que el azar ha despreciado.

Juego y gano.
(Ganaré todos los juegos,
teniendo el pueblo a mi lado.)

3

ME QUEDO

Soy hijo
de la mar y del viento,
pariente del volcán que me ha encendido,
canario hasta los huesos.
No pienses que me he ido
porque pise terreno
extranjero,
simplemente distinto.

Un río
de silencios
no acaba de decírmelo:
*Te vas dejando el suelo
de donde eres nacido.*

Mas aún, yendo lejos,
me quedo en donde he sido
a más de niño,
joven, y no he llegado a viejo,
aunque voy ya camino
de serlo.

Me voy, pero me quedo.
Me quedo con los muertos
y los vivos
que aquí dejo.
Es todo lo que tengo.
Conmigo
me los llevo.

El tiempo
detenido
se ha quedado en el sitio
donde se anuncia el hueco,
el vacío
que lleno
con mi vida, y afirmo:
No lo echaré en olvido.
Me voy, pero me quedo.

Así lo deajo escrito,
lo releo
y lo firmo,
con el pie en el estribo
de un sueño
sin destino.
(Me sujeto
los hilos
del recuerdo
a todos los sentidos.)
Y, viajando, me digo:
No me echará de menos
el mundo que he querido.
Me lo llevo conmigo.
Me voy, pero me quedo.

Miento si digo, si te digo: Ahora,
en este mismo instante,
quiero y puedo pensar en cualquier cosa.

Ahora mismo es tu sombra,
solamente tu aire,
la hebra de tu cálida persona,
los que me dan la calle
y el número que tiene tu nido de paloma.

Sólo tu imagen,
tu corazón me sale
en la pantalla. (La mirada ignora
la tristeza que cuelga en otra parte.)
Y, una a una, las lágrimas me caen
nublándome la voz, la vida toda.

Una vez sola de verdad se llora.
Más tarde,
ya se sabe:
Hay que seguir llorando a todas horas,
aunque llorando lágrimas de sangre,
el llanto que se llora una vez sola.

* * *

Se te ha apagado el rostro.
Te has quedado de hielo.
Te ha enganchado el anzuelo
de una muerte segura, sin rastro del engodo
con que debió el demonio
engañarte en el tiempo.

Te han metido en un féretro.
Te han echado un responso.
Te han inscrito en el tomo

donde inscriben con nieve los nombres de los muertos,
y aún sigue el papeleo.
Te han echado el cerrojo
tras la cal y el cemento.
Te han cantado una misa, sin darte voz ni voto.
Y aún así no lo creo.

Donde quiera que ponga
la mirada, te veo.
Donde quiera te oigo.
Donde quiera me sales, sin pensarlo, al encuentro.
En cualquier parte siento
tu cabeza en mi hombro,
tu conciencia luchando con la sed, cuerpo a cuerpo,
tu verdad —que es la mía— muda dentro de un pozo.

Dime en qué sitio exacto te quedaste sin ojos
para mirar el mundo, señálame el momento
justo en que, injustamente, cancelaron tu aliento,
en que el hilo en tus venas, brutalmente, fue roto,
en que fuiste, de pronto,
nada más que silencio.

Resucitarte quiero
a la vista de todos
—aún no sé de qué medios
me valdré para hacerlo—,
Juan Luis, hermano mío, aunque sea a ti solo
entre todos los muertos.

Se han fundido los plomos
en mi alma, y te observo,
como en boca de lobo,
cada día más negro.

Tal vez, pieza por pieza, te pueda, poco a poco,
hacer como de nuevo.
Acaso sea posible inocularte viento
en las células muertas, y arrancarte del hoyo
completamente ciego
donde yaces sin vida, en estado forzoso

de frío y de reposo,
ignorante del grito que, por ti, clama al cielo.
Acaso exista un modo
para hacerte otra vez hombre de carne y hueso,
Juan Luis, hermano mío, aunque sea a ti solo
entre todos los muertos.

Para morir —es cierto—
sólo basta estar vivo. (Me lo ha enseñado el pueblo.)
Mas tu muerte es un robo
y admitirla no puedo.
Aún me parece un sueño,
una mentira, un forro
que me ha metido el aire a contrapelo,
el más absurdo y cruel de los enredos,
el colmo de los colmos.

Ahogado en el asombro,
no paro de decir que no hay derecho.
(Es aún muy temprano para echarte de menos,
para llorar, hermano, lo que lloro,
el infinito duelo
de tu ausencia...)

¡Qué frío más a fondo
en tu frente de muerto!
Se me muere hasta el beso
en los cerrados poros.
Y aún así no lo creo.

No pierdo, no, no pierdo
la esperanza de hacerte nuevamente al sonoro
pleamar de la vida.

Te ilumino, te bordo
en todos mis recuerdos
con un hilo de oro,
y retornarte espero,
Juan Luis, hermano mío, aunque sea a ti solo
entre todos los muertos.

AGUSTÍN MILLARES SALL